

Estudio etnográfico de Améscoa

VII

Investigaciones ETNIKER,
dirigidas por la "Cátedra de Etnología Vasca"
INSTITUCION PRINCIPE DE VIANA
de la Excm. Diputación Foral de Navarra

ESTAMPAS DE LA VIDA AMESCOANA

— I —

UNOS TESTAMENTOS DEL SIGLO XV

Insertos en un «Proceso de los Labradores de Améscoa Baja contra los Hijosdalgo del mismo valle», se guardan en el Archivo General de Navarra¹ copias auténticas de tres testamentos del siglo XV. Los ritos, costumbres y aspectos de la vida social que en ellos se prescriben o se reflejan, encierran un valor etnográfico estupendo y su contexto esboza un retazo de la vida amescoana de antaño.

Dado que la redacción de los tres testamentos es pareja, transcribo el más añejo de los tres íntegramente, respetando su grafía y ortografía y resumiré seguidamente las variantes o añadidos de las otras dos escrituras.

A) «Testamento de Lope Sánchez de Equala». Año 1412

«Yn Dey nomine, amen. Sepan quantos esta presente carta beran ca oyrán que esta es carta de aquella debisa, animalia e mandas et lexas que Lope Sanchez de Equala², escudero, fago e ordeno por este mi presente tes-

1 A.G.N., año 1591, Zunzarren Srio., Leg. 411, Fajo 1.º núm. 1, Sala 1.ª, Est. 1.ª Izqda. Banda 14.

2 Tanto Lope Sánchez como su hijo Diago y el nieto Hurti se dicen parientes de los "Baquedano"; sin embargo sólo Diago usa el apellido "Baquedano", los otros prefieren el toponímico Equala o Ecala. Llama esto la atención porque, ya en los siglos anteriores, el linaje de los "Baquedano" había adquirido un gran prestigio y todos los pertenecientes a él (por línea directa de varón) usaban invariablemente el apellido del solar de su origen aunque la mayor parte de las familias introducían un patronímico, así tenemos: a los Ramírez de Baquedano, Fernández de Baquedano, etc.

tamento et última boluntad, estando en sana e buena memoria y claro entendimiento et acordamento, qual mi señor Jesu-Xpto. por su misericordia me quiso dar. Primeramente encomiendo a nuestro señor Jesu-Xpto. la mi ánima et a la Virgen Santa María su madre et a toda la Corte Celestial, que ellos por su merced y misericordia me quieran perdonar mis fallimientos. Primeramente mando que quando nuestro señor Jesu-Xpto. por manera aya fecho que yo aya de finar e pasar deste mundo al otro, que mi cuerpo sea soterrado en la yglesia de Sant Miguel de Equala. Itten mado que mi enterramiento e sepellimiento me sea fecho bien e cumplidamente segunt a mi pertenece. Itten mando que en el día que yo finado seré, a todos que bernan a mi enterrorio, les sea dado a comer e beber de pan e bino et carne segunt el día fuere. Itten mando que a mis cofrades del señor Sant Sostitan?, solamente a los que biben en Améscoa et non en otro lugar, les sea dado un día de comer et beber de pan e bino et carne o pescado segunt el dicho día fuere, por mi ánima. Itten mado a la yglesia de Santo Tomás del término de Equala unas tobajas de bremerce?, que se fallarán en mi casa, por mi anima. Itten mando que sea oferto et mantenido mi añal de oblada et candelá³ en los dos primeros años benideros empués que yo finado seré, por mi ánima. Itten por mi presente testamento mando que sea fecho cantar et celebrar una capellanía añal ata la balua de beynte florines de oro. Itten mando et lexo a Lopexu, mi nieto, una pieça que yo é en el camino de Equala llamado yrasua. Itten yo el dicho Lope Sanchez por este mi presente testamento manifiesto que amo a Johan, que me a serbido en casa por espacio de 25 años et que en todo este tiempo no le é pagado salario ni soldada, al qual debo pagar, por cada año diez libras de dineros fuertes ... mando et lexo al dicho Johan primeramente una casa en el dicho lugar de Equala, una pieça en el campo de Equala llamado eguipuça-barrena, otra pieça sobre la yglesia de Santo Tomás que es teniente con pieça de Mosen Gonzalo, otra pieça en arbinoa, otra en gatus-teguia, otra en yçulbide. Yo Lope Sanchez lexo a Diago, mi fijo, un huerto cerrado que yo é en el dicho lugar de Equala teniente por una parte con el huerto de Anssó et con el huerto de Mossen Gonzalo. A Inesa, mi nuera, muger de Diago, toda la ropa de lecho que yo é en casa, por los serbicios que ella me fizo en mis necesidades. Itten mando et lexo a mi fijo Diago un par de bueyes domados, una acemila de las mayores que se fallaren en mi casa. Lexo a Don Yenago, mi fijo, Capellán, una baca con su cria et una yegua de las mejores, para encomienda de mi ánima. A Amarixe, mi nieta,

3 Ha sido costumbre en Améscoa que la "dueña de la casa" tuviera su asiento, en la iglesia, encima de la fuesa familiar. Al morir alguno de la familia encendía luz (ceras, velas, hachones) sobre la fuesa durante un año o dos después de la muerte, según la categoría del difunto. Durante el mismo tiempo la "dueña de la casa" llevaba a la misa cotidiana una torta o un trozo de pan para hacer la ofrenda.

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

moradora en Metauten, una baca con su cría y 30 florines de buen oro del cuño de Aragón. A mi biznieta, una pieça en Urraldea. Lexo a mi fijo Diago todos e qualesquiera bienes et heredades que a mí pertenecen en la villa et términos de Eulate. Et mando el lexo a Johan, así mi fijo, una pieça en el término de Equala llamado çalduquia, teniente con pieça de Mosen Gonzalo, caballero, por herencia legítima et cinco sueldos de dineros por mueble et aquesto lo arredro e aparto de todos los bienes muebles et heredades que él podria o deberia heredar segunt fuero et uso et costumbre del Reyno de Navarra. Itten lexo a Don Sancho, mi fijo, un solar de casa que yo é en el dicho lugar de Equala, teniente con solar de Toda Sanchez et teniente de la otra parte con el camino que van a la yglesia de Sant Miguel, por herencia legitima et cinco sueldos por muebles et conextro et arredro et aparto de todos mis bienes muebles et heredades que podria o deberia heredar de mis bienes segunt fuero, uso et costumbre del Reyno de Navarra. Et yo, el dicho Lope Sanchez, fiando en la grant lealtat e cordura de Diego de Eulate, Capellán, et Remiro Sanchez de Baquedano, mi primo, los fago mis cabezaleros o executores deste testamento. Testigos Martín Pérez, fijo de Toda Ramirez et Martín Sanchez, fijo de Yenegro López, vezinos de Equala. Fué fecho el testamento a beinte centeno dia de Febrero año nativitatís Domini MiLLº quatrocentessimo duodecimo.»

B) Testamento de Diago López de Baquedano. Año 1428

Diago López de Baquedano, escudero, vecino y morador de Ecala, manda que su cuerpo sea enterrado en la iglesia de S. Miguel de Ecala, en la fuesa donde yace Lope Sanchez, su padre. Las disposiciones sobre su enterramiento, oblada y candela añal, sufragios, etc., apenas difieren de las de los otros testamentos. Manda que su hijo Lope Sanchez, como hijo mayor, herede sus casas de Ecala donde mora y vive con todas las piezas que él tiene en los términos de Ecala, S. Martín y Zudaire. Con ello le manda su rocín de cabalgar, su arnés (salvo el lorigón) y su ballesta.

Deja a su hijo Hurti la casa «nueva, que está empezada» con sus pertenencias y la tercera parte de los bienes que él tiene en Ecala, S. Martín y Zudaire. Le manda la ballesta con el arnés, la vecindad de Zudaire y su «opa bermeja». A su yerno Ferrando manda «su opa de cárdeno forrada de blanco». Fecha: «dezeno dia del mes de Diciembre del año del nacimiento de Ntro. Señor Jesu-Xpto. MiLLº quatrocentessimo vigesimo noveno».

C) Testamento de Hurti Saez de Equala. Año 1488

Es este el más extenso de los tres testamentos «Ordenado y mandado hacer por Hurti Saez de Equala y su mujer Sancha de Galarreta y dicha Sancha con licencia y expreso consentimiento de bos, el dicho Hurti Saez,

mi marido, que está presente e por debate dante et otorgante la dicha licencia la qual consta por el Notario infrascrito».

En el preámbulo se extienden en consideraciones pías sobre la muerte y el más allá: «considerando que la vida de aqueste mundo es transitoria et fallacedera e que no ay cosa mas cierta que la muerte corporal de la qual persona en carne escapar no puede, obiendo temor de las penas infernales las quales son sin rrelebo ni redempción alguna, enderezando la yglesia del parayso que se folgan perdurable para siempre jamás e por dar buen compto a Ntro. señor Dios de la vida que bibida habemos».

Como motivación de dictar su testamento alegan: «et por tal empues de los dias de nuestra vida, entre fijos e erederos, parientes e cabezaleros suso contenidos no aya de aber pleyto, debat ni contienda a causa e por razón de nuestros bienes muebles et eredamientos entre ellos...».

Sobre enterrorios, pitanza a los asistentes, cabodeaños, novenas, oblada y candela, sólo, creemos, merecen anotarse estas disposiciones:

«Que la dicha candela la aya de facer nuestra nuera Joana et en recompensa del trabajo que en ello recibirá ordenamos le den una nobilla.»

«Otro sí que el dia de nuestro enterrorio sean puestas cada siete antorchas en onor et reberencia de los siete gozos de la Santa Virgen.»

«Otro sí mandamos a la dicha yglesia de S. Miguel de Ecala, donde nuestros cuerpos seran sepelidos, un nobillo e VI libras de olio, por tal que Ntro. Señor tenga misericordia de nuestras animas.»

«Que sean celebradas por nuestras animas 12 misas en la yglesia de S. Miguel a onor y reberencia de los 12 apóstoles.» «Otro sí sean celebradas 30 misas a costa de nro. fijo D. Lope, es a saber: 15 en la yglesia de Ocariz y otras 15 en la yglesia de Galarreta.»

«Otro sí que sean bestidos dos pobres con sendas bestiduras a buenbista y plazenteria de ntros. cabezaleros.»

Mandan las casas donde viven con su herencio, huertas y roturas a sus dos hijos, Diago y Don Lope, «a medias»; pero con la condición de que, a la muerte de D. Lope, la parte correspondiente a este retorne a la casa troncal y «queremos que ayan de ser juntadas para un fijo del dicho Diago, para daquel que a D. Lope y Diago juntamente plazca». A sus hijas Elbira y Teresa mandan sendas vecindades con sus correspondientes casales en el lugar de Ecala, más doce vacas y a cada cuatro cabras. Las vecindades por herencio y las vacas y cabras por muebles. «Con esto las redramos e apartamos de todos nuestros bienes muebles y ternaes.»

«Para el dicho Diago toda la alaja e menage que se necesita e tenemos para la labranza en nuestra casa» y cuatro bueyes de labranza. «Otro sí para el dicho Diago toda la ostiella» (muebles de casa).

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

«Otro si todas las alajas, menucerias, asi tajadores, escudillas, sartenes, cujares e asadores ayan de partir e partan los nuestros fijos e fijas por medio.» «A nuestro fijo D. Lope la arca mayor que está en la yglesia e la que el querrá e por bien terná de todas nuestras arcas.» Nombran cabezale-ros «al Mag^o. Sr. Fernando Ramirez de Baquedano, nuestro sobrino, señor del Palacio de S. Martin y a Diago de Baquedano, dueño del Palacio de Baquedano, yerno, ausente». Fecha 6 de mayo de 1488.

Sigue a este testamento un codicilo de dona Sancha, muger de Hurti. De él anoto estas disposiciones: «Ordeno que fagan cantar un trentenario por mi anima et por el ánima de mi marido Hurti en la yglesia de S. Miguel y que lo diga mi fijo D. Lope Abad». Manda decir otra treintena de misas, «doce en Ocariz, otras doce en Galarreta, dos en Hordeñana y otras dos en Luzuriaga». «Otro sí a Elbira e Teresa a cada seis tajadores buenos, a Diago el rocín, la azemila e la yegua morzilla.» «E mando que embien a mi nieto Gonzalo o a algun otro a Santa Maria de Balbanera et faga dezir ay dos misas, e que paguen las expensas e trabajos de mis bienes.»

Nombra cabezalero a «Juan Fernandez de Baquedano, que presente está, en lugar de su hijo Fernando Ramirez de Baquedano que en santa gloria aya». Fecha del codicilo: XIII dias del mes de Marzo del año 1493.

— I I —

LA COFRADIA DE SAN CRISTOBAL

En los siglos pasados las cofradías estuvieron muy enraizadas en las gentes de nuestros valles. Eran estas cofradías asociaciones de personas para ejercitarse en obras pías. Las que más calaron en nuestros mayores fueron las cofradías que procuraban sufragios para los difuntos y ayudas a la hora de la muerte. La Cofradía más antigua de Améscoa Baja ha sido la de San Cristóbal, cuya fundación se remonta, por lo menos, a principios del siglo XVI. Al primer libro de cuentas⁴ de la Cofradía le faltan las dos primeras hojas y arranca con las cuentas del año 1564 donde dice: «que se han juntado como es usado y acostumbrado de tiempo antiguo». Estaba extendida por todo el valle de Améscoa Baja. En el año 1566 los cofrades eran 300 distribuidos por los pueblos del valle así: en Ecala, 18; en San Martín, 44; en Barindano, 37; en Zudaire, 76; en Baquedano, 39; en Gollano, 29 y en Artaza, 37. Era prior de la Cofradía en este año don Sebastián, abad de

⁴ Los "libros de cuentas" de la Cofradía de S. Cristóbal se encuentran en el Archivo Municipal de Améscoa Baja. Secretaría del Ayuntamiento, Zudaire.

Baquedano y para 1567 fueron nombrados: como prior a don Juan Ramírez de Baquedano, Beneficiado de San Martín y como servidores: a Martín de Iriarte, en Zudaire; Juan de Artega, leynacero, en Barindano; Martín Bengoa, en San Martín; Joan de Alduy, en Artaza; Gonzalo Rodríguez, en Gollano; Joan López, de Baquedano; Maria Idiazábal, en Zudaire, y Pero Ruiz, en Ecala.

La Cofradía tiene su asiento e iglesia propia, la ermita de San Cristóbal, sita en terrenos de Zudaire pero mugando con los términos de Barindano. Es una ermita de humilde traza, arreglada en el año 1607 porque se «va dirruiendo y está en términos de caerse». En 1620 se manda «sea pintada la imagen del Santo en la pared del altar y así renovar la pintura vieja». La actual imagen de San Cristóbal data del año 1739.

La de San Cristóbal era una cofradía de misas y sufragios por los difuntos. Cada cofrade pagaba un cuartal de trigo al año y su importe se invertía en estipendios de misas por los cofrades vivos y difuntos. Era también obligación de todo cofrade rezar cinco «padrenuestros» al enterarse de la muerte de uno que perteneciera a la Cofradía. Se celebraban con cierta solemnidad en la Cofradía las misas del día de San Cristóbal, Santas Nunila y Alodia y la misa de aniversario por todos los cofrades difuntos.

El domingo anterior a la fiesta de Ntra. Sra. de la Natividad (8 septiembre) se reunían los cofrades en Junta General para dar las cuentas de la Cofradía y renovar los cargos de la Directiva. En ese día había misa comunitaria seguida de una comida de hermandad. En 1567 el coste de la comida fue así: se comieron tres vacas cuyo importe fue 58 ducados y 18 tarjas; se consumieron dos cántaros de vino = 16 tarjas; un cuartal de sal para el condimento = 1 tarja; a 7 mayordomos o servidores se pagó a tarja y media a cada uno y a 7 clérigos asistentes a cada medio real; el alquiler de una caldera que se bajó de Eulate = 2 reales. De estas cantidades se descuentan: importe de los cueros de las vacas = 8 ducados, 2 tarjas y 4 cornados; importe de los sebos = 6 reales; íd. de los jarretes = 14 tarjas y media. El gasto del día se pagaba a escote.

Algunas capítulas de sus estatutos nos hacen entrever la rudeza de aquellas gentes: «Iten que el dia que se juntaren a oír misa del Santo y hacer su yantar de hermandad, hayan de oír la misa entera y esten muy en orden así en la misa como fuera al vender los despojos y luego que el Prior les hubiere avisado, vaya cada uno a su asiento a hacer su comida con mucho orden y silencio y el que en tiempo de la misa o fuera de ella alborotare a nadie o riñera a nadie o si blasmere el nombre de Dios o los Santos que pague por cada vez 6 reales para la fábrica del Señor San Cristóbal y, si lo que Dios no quiera, riñesen algunos aquel día y despues, siendo rogados por el Prior u otro sacerdote, no se hicieran luego incontinentemente aquel dia

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

amigos, el que no quisiera ser amigo pague la pena de 12 reales, la mitad para la fábrica del Señor San Cristóbal y la otra mitad para los pobres» «Iten fue ordenado que saliendo de oír misa, y de vender los despojos, cada pueblo se asiente en su asiento por orden y que nadie sea tan atrevido que ose principiar a comer antes de bendecir el Prior las mesas y así bien que nadie se levante de la mesa sin que primero el Prior u otro sacerdote por él dé gracias a Dios y publique el escote».

— III —

ANECOTARIO DE UN CURA AMESCOANO

En las postrimerías del pasado y primer cuarto de este siglo «Don Castor» fue un personaje muy popular en nuestro valle. Todavía por los años cincuenta sus anécdotas corrían de boca en boca y caí en la tentación de ponerme a recoger, de labios de los mismos que lo conocieron y trataron, las «cosas de D. Castor»: una serie de «hechos históricos» que revelan la personalidad vigorosa, un tanto agreste, pero humanísima y simpática de un amescoano de pura cepa y que encuadrada, además, en su circunstancia, ambiente y entorno, esboza con perfiles bien marcados una estampa de vida amescoana en una época, todavía cercana, pero que se fue para no volver. Aquí tienes, amigo lector, el anecdotario de D. Castor, tal como quedó redactado en un día del mes de marzo de 1962.

Don Castor López de Zubiría nació en Baquedano en un 28 de marzo de 1846. Sus padres: León López de Zubiría, natural de Baquedano y Juana Baquedano, de Ecala. Curtido por el cierzo que se cuele por el Nacadero, creció como vigoroso «azkarro» en la fronda amescoana. Muchacho despavilado, correteó por sendas y breñales, jugó al «hinque» y al «chirimbolo», pero desde chico, le arrastró la pasión del juego de la pelota y el zambullirse en las aguas frías del Urederra. Su mente se fue abriendo a la luz del saber en una escuelita en que un maestro, de escasa cultura, enseñaba, solamente a leer, a los niños que pagaban robo y medio de trigo al año, a leer y escribir, a los que pagaban dos robos y a leer, escribir y contar a los que pagaban tres robos de trigo. Don Castor fue de los de tres robos y sacó sobresaliente en caligrafía. Tenía una letra clara y elegante, indicio de la solidez y equilibrio de su sistema nervioso que únicamente se alteró ante el tribunal de exámenes. Cada vez que tenía que examinarse de «Licencias», me dice su amigo don Moisés⁵, temblaba como un niño.

⁵ D. Moisés Arteaga, párroco de Ecala. Nació en Usurbil (Guipúzcoa) pero, cuando él tenía cuatro años, su familia se instaló en Zudaire y aquí se afincó enraizadamente. Fue

Pero fuera de estas excepcionales circunstancias, jamás se le alteró el pulso ni perdió su serenidad. Tan despierto de entendimiento como poco amigo de los libros; sabía de memoria todos los principios de aquella casuística que se estudiaba con el nombre de «Moral», pero no se preocupó gran cosa en adquirir una formación seria cultural ni religiosa. Cursó, como alumno externo, la carrera eclesiástica en el Seminario de Pamplona, pero ni el estudio ni la disciplina cepillaron su corteza silvestre. De sus años de estudiante te contaré esta anécdota que huele un poco a la picaresca de los personajes de «La casa de la Troya», de Pérez Lugín.

Una tarde en que le mordía el estómago y se encontraba nuestro seminarista sin merienda y sin dinero, topó con una viejecita que, con una onza de oro en la mano, se dirigía a hacer sus compras en la tienda de ultramarinos que tenía un tal Deogracias en la calle de la Navarrería. Don Castor pidió, *por favor*, a la buena anciana le dejara un momento la moneda de oro, con la navaja hizo en ella una marca (una cruz) y se la devolvió.

Seguidamente de salir la mujer de hacer sus compras, entró nuestro estudiante en la tienda y pidió:

— ¡Chorizo!

El tendero le sirvió puntualmente y nuestro seminarista, con el embutido en la mano, quedó plantado, como esperando algo que se le debía.

— Por favor... ¿el importe del chorizo?, insinuó el dueño del establecimiento.

— Ya he pagado, replicó D. Castor imperturbable, estoy esperando las vueltas.

Comprador y vendedor se enzarzaron en agria controversia: hasta que nuestro estudiante, con el aplomo que da el tener una prueba contundente arguyó:

— Mire V. si hay en el cajón una moneda de oro, una onza, marcada con una cruz.

El tendero, al encontrarse con la moneda testimonial, se dio por vencido y, resignado, entregó las vueltas.

Amaba más la libertad alborozada de los campos que la soledad silenciosa de la celda. Robusto de cuerpo, no muy alto, cabeza grande proporcionada a su cuerpo, musculatura de acero, tenía una fuerza hercúlea. Acababa de remontar, en cierta ocasión, el puerto de Olazagutía, dispuesto a atravesar, andando, la sierra de Urbasa. En la cima se encontró con un arriero que se

D. Moisés un amescoano cien por cien. Sacerdote ejemplar, excelente compañero, siempre con una "gracia" o chiste a flor de labios. Mente lúcida, fino observador y muy perspicaz fue quien mejor conoció a D. Castor. Lo trató siendo seminarista y fue su compañero de Cabildo a lo largo de más de veinte años. De sus labios recogí la mayor parte de las "historias" de este anecdotario y él las supervisó todas.

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

dirigía a la Burunda arreando un mulo cargado con dos pellejos de vino. El pobre arriero las estaba pasando moradas porque en la angostura por donde discurría el sendero entre dos peñas (de la carretera actual no existía ni el proyecto) un ventisquero había acumulado una respetable cantidad de nieve, y el mulo, al hundir sus patas en el frío espesor, se encabritaba, haciendo voltear los pellejos por el suelo. La presencia del cura abrió los cielos al arriero.

— Aunque esa ropa que lleva no pega con estos menesteres, susurró humilde el arriero, si ¡hiciera el favor de ayudarme!

— Aúpame un poco este pellejo, ordenó, sin más, el Cura y cogió el pellejo de vino debajo de un brazo...

— Ahora este otro, y atrapó el segundo pellejo con el otro brazo.

— Arrea ahora el mulo detrás de mí...

Atravesó el ventisquero con los dos pellejos de vino debajo de los sobacos, los cargó él mismo sobre la caballería y despidió al arriero que no salía de su asombro ante las fuerzas del Cura.

Espíritu religioso enraizado hasta la médula de sus huesos (aquella cruz de plata de regular tamaño que sujeta a una cadena colgó toda su vida del cuello, estaba a la vejez de nuestro hombre gastada de rozar la piel de su pecho...) pero su fe era poco cultivada, tradicional y bastante formulista. Alguien me lo retrató con este simil de sabor indígena:

— Madera de roble, de buena calidad, pero sin labrar y un tanto nudosa.

MADERA DE BUENA CALIDAD

Se había quemado la iglesia de Artaza justamente cuando D. Castor se hizo cargo de la parroquia y se lanzó a la colosal tarea de construir un templo nuevo. Se fue por toda la geografía de la Diócesis pidiendo una ayuda de pueblo en pueblo. En un cuaderno fue anotando las cantidades recaudadas (medida ésta muy prudente como se verá por lo que sucedió después) y cuidó de que el párroco de cada pueblo diera fe, con su firma y sello de la parroquia, de la cantidad recaudada. Artaza pudo contar con su iglesia nueva y D. Castor con la satisfacción de haber hecho una obra grande para la gloria de Dios. Las obras de construcción comenzaron en el mes de mayo de 1890 y la iglesia se inauguró el 28 de abril de 1891.

Al tiempo un feligrés lo acusó en el Obispado de haberse guardado para sí parte de la recaudación. D. Castor presentó al Prelado el cuaderno firmado por los párrocos y las cuentas en regla. Indignado por lo feo de la acción, el Sr. Obispo le declaró el nombre del denunciante.

Como nuestro Cura no tenía pelos en la lengua, apostrofó al mal feligrés desde el púlpito, dirigiéndose a él nominalmente.

Y no sólo en esta ocasión, si que también en otras muchas le dio a nuestro hombre por hacer alusiones personales en la predicación. Hasta que por segunda vez lo denunciaron a Palacio, ahora con motivo y razón.

En el Obispado debieron darle algún rapapolvos, porque le entró miedo y se cuidaba bien de citar a nadie por su nombre en los sermones.

Pero ocurrió algo que hizo estallar su paciencia y prudencia... Tenía la costumbre D. Castor de subirse al tejado de la iglesia, allá por las vueltas de San Juan, y coger las crías de gorrión a punto de saltar del nido para hacer con ellas una buena merienda. Aquel año le cogió la delantera un individuo a quien le engolosinaba, también, la paella de pajarillos. Era de Santa Cruz de Campezo y se apellidaba Casi. D. Castor se enteró de inmediato de la hazaña del alavés y ... aquello no se podía tolerar ... Subió nuestro Cura al púlpito y se desahogó:

— Ya se ... habéis cogido los pájaros ... Ya se quien ha sido y casi ... casi ... casi estoy por decirlo. De Santa Cruz ... de Santa Cruz ... de *Santa Cruz lo ví yo mismo*. (San Cruz era una ermita de Baquedano, empinada en una colina desde donde se ve la iglesia de Artaza.)

* * *

En el año 1918, por el mes de septiembre, una gripe maligna sembró la desolación y la muerte por toda la Améscoa. Familias enteras enfermaron y los que podían tenerse en pie, apenas podían dar abasto a atender enfermos, moribundos y muertos. Muchos hubo que enfermaron de miedo más que de gripe y quiénes con su valor ahuyentaron la epidemia. Uno de estos últimos fue D. Castor que gastó todas sus fuerzas, y eran formidables, en cuidar enfermos, sacramentar moribundos y enterrar cadáveres. Y se vio en la precisión de tener que asistir en una misma casa a una vida que se extinguía y a una parturienta que daba a luz una vida nueva.

* * *

La fama de D. Castor traspasó las fronteras del valle, porque se prestaba a casar a todos los que se le presentaban, con tal de tener en regla su expediente canónico, aunque le faltara algún requisito de competencia civil. Estaba en aquel entonces prohibido el contraer matrimonio a quien no hubiera cumplido el servicio militar o no contara con la «licencia absoluta». Los párrocos se negaban a presenciar y bendecir estos matrimonios por miedo a una multa y a verse metidos en líos. Todo esto le tenía muy

sin cuidado a nuestro Cura y cuando en alguna de las parroquias regentadas por él, o, lo que era más frecuente, cuando en la ermita de San Cristóbal de cuya Cofradía fue capellán toda su vida sacerdotal, se veían a horas descompasadas de la madrugada luces encendidas, ya sabían los amescoanos de qué se trataba: D. Castor estaba santificando unos amores obstaculizados por una ley injusta. ... Y esto lo hacía sin ninguna mira egoísta, llevado únicamente por un imperativo de su buen corazón.

TENIA D. CASTOR UN APETITO FENOMENAL

Y un poder digestivo en consonancia con su apetito. En cierta ocasión prepararon varios amigos una merienda de gorriones con arroz. Nuestro hombre se llevaba a la boca, en cada cucharada, un pajarito con su correspondiente acompañamiento de arroz, que debidamente triturado pasaba enteramente al estómago. Uno de los comensales (D. Moisés) comentó:

— ¡Se come V. los huesos también, D. Castor!

A lo que el aludido replicó con su miga de filosofía:

— Si quitas los huesos, ¿con qué te quedas?

Este poder digestivo unido a su excepcional apetito, fueron, a mi modo de ver, el potro donde se forjó una virtud y mérito incalculable de dominio de sí mismo, al verse obligado a tenerlo casi siempre a raya. Porque fíjate, amigo lector, de lo colosal de sus tragaderas.

Llegó aquel día muy tarde a Estella, bien rebasado el medio día, entró en una fonda y preguntó si había algo de comer.

— Un cuarto de cordero, contestó la dueña...

Comió el cuarto de cordero y volvió a preguntar:

— ¿Queda algo más?

— Todavía hay otro cuarto de cordero, afirmó la fondista...

Se comió el segundo cuarto de cordero e insistió el Cura:

— ¿Queda algo más?

— Todavía hay otro cuarto de cordero, dijo, admirada, la dueña de la fonda.

Al ir a pagar la cuenta de los tres cuartos de cordero, la dueña del establecimiento no pudo contener su curiosidad y le preguntó:

— ¿De dónde es V., si no es mala la pregunta?

— ¡De Mendavia!, sentenció D. Castor con el aplomo del que dice la más grande verdad de su vida.

* * *

Era aquella una boda de rumbo y el banquete, abundante y suculento, se preparó en el Molino. Estaba invitado D. Justo, cura de Artaza⁶ y desde luego, D. Castor, que en un acto de tanto relieve social, vestía de gala (sotana de alpaca y sombrero de teja). A los postres uno de los comensales comentaba el buen apetito de D. Castor, y D. Justo, al escuchar aquel comentario, hizo esta observación:

— D. Castor está todavía de hambre, le aseguro que es capaz de comerse ahora mismo, un pan de seis libras. Y como se resistiese a creer, gritó:

— Mire V. lo que dicen aquí; que es V. capaz de comerse ahora un pan de seis libras.

— Un pan de seis libras, no sé; pero lo que Vd. dejara de él, sí que me lo como, sentenció D. Castor.

Por cierto que aquel día hizo D. Castor una de las suyas. Terminada la sobremesa partió nuestro hombre hacia su casa de Baquedano y cuando pasaba el puente del Molino, el viento le llevó el sombrero que cayó al río. Sin pensarlo siquiera, el Cura se lanzó al agua desde el puente. Los invitados de la boda quedaron sorprendidos y las mujeres comenzaron a dar gritos de susto. ... Mientras tanto él se llegó hasta el sombrero, lo cogió tranquilamente, se lo caló en la cabeza, salió del agua y, como si nada hubiera sucedido, siguió en dirección a Baquedano, secándose la ropa en el camino.

* * *

Con lo dicho ya sobre el buen «saque» en el comer de nuestro Cura, nadie se extrañará si digo que en cierta ocasión se presentó en la fonda de San Julián (una casa de comidas de Estella) y pidió:

— Sopa para cuatro.

Preparada la mesa, pregunta la sirvienta:

— ¿Va a esperar V. a los otros tres?

— Sirve ya la sopa para los cuatro, contestó D. Castor.

Se comió el contenido del sopero y llamando a la muchacha ordenó:

— Sigue sirviendo comida para cuatro... Comió, pagó la ración de cuatro y se fue.

* * *

⁶ Don Justo Delgado nació en Artaza y todo su ministerio sacerdotal lo ejerció, con celo y acierto, en Améscoa. Fue párroco de Gollano y de aquí pasó a Artaza donde murió muy joven todavía.

Termino este capítulo de gastronomía con esta simpática anécdota.

Concertaron una merienda en Artaza D. Justo, D. Ildefonso y D. Castor. Este último había de poner una pierna de carnero y los otros dos contribuirían con truchas del Urederra. Como la faena de pesca se prolongaba más de lo debido, D. Castor, impaciente, se acercó a la cocina. Engolosinado por el tufillo del asado, comenzó a probar el manjar y probando, probando, se comió la pierna de carnero entera. Al comentar el suceso, Jonás, un seminarista de Artaza, que presencié la escena, subrayaba:

— A mí lo que me llama la atención no es que se comiera entera la pierna de carnero, lo que me maravilla es que no pudiese, aun, beber vino «¡¡¡por no tener cama suficiente en el estómago!!».

Dime ahora si, con el apetito y poder digestivo que reflejan estos hechos, no tuvo que ser tremendo el esfuerzo de su voluntad para tenerlos a raya; porque te aseguro que su comida diaria consistió en un buen cuenco de habas con tocino y que en las reuniones con sus compañeros de Cabildo, su ración nunca excedió a la de los demás y eso a pesar de las insistencias de sus amigos que lo conocían bien y sabían que se quedaba de hambre.

NUESTRO HOMBRE HIZO SUS HAZAÑAS EN LA GUERRA CARLISTA

Era por los años de 1874. D. Castor se encontraba en todo el vigor de sus años mozos. Regentaba la parroquia de Ecala y un día apareció por la casa abacial un oficial del ejército Cristino. Intentaba revisar el archivo de la Junta del «Monte de Limitaciones» que se encuentra en una alacena encima de la puerta de la sacristía de la iglesia de Ecala. D. Castor como buen carlista, andaba remiso en cumplir las órdenes del Oficial liberal y cuando éste le mandó bajar el arca en que se guardan los documentos, nuestro Cura se negó en redondo.

El Oficial obligó a bajar el arca y le propinó una paliza que se repitió en Zudaire a donde lo llevó detenido. D. Castor, que a duras penas podía contener su coraje y su rabia, rugió apretando los dientes:

— ¡Si te cogiera en Chinchurte!⁷

Pasaron los años... D. Castor se fue con Serrano⁸ a Loyola a hacer unos «ejercicios espirituales». A la vuelta, el recorrido de Olazagutía a Amés-

⁷ Chinchurte es un paraje de la sierra de Urbasa.

⁸ Aniano Serrano, Practicante, fue todo un personaje en la Améscoa de D. Castor. Vino a nuestro valle al terminar la última guerra carlista, en la que actuó de Practicante y como tal se estableció en Améscoa donde arraigó profundamente. Serrano labró su prestigiosa personalidad dándose de lleno a los enfermos y al pueblo. Recorrió diariamente, con su yegua blanca, todos los pueblos del partido. Atento a las llamadas, servicial, ponía todo su saber (aunque fuera poco) y toda su alma al servicio de sus clientes.

coa lo hacían a pie, como de costumbre. Caminaban airosos y despreocupados en plena sierra y se acercaban a Chinchurte, cuando divisaron a un Oficial del Ejército que, montado a caballo, cabalgaba en dirección contraria a la que ellos llevaban. D. Castor clavó en él su mirada cada vez más intriguado según se iban acercando. Por fin encorajó el ceño y se avalanzó sobre el jinete. ¡Era el mismísimo Oficial de la paliza de la sacristía de Ecala! Agarró de un manotazo las bridas del caballo, obligó a apearse de un brinco al chulo militar y la paliza que le dio dejó pequeñas a las dos que antaño recibiera ... y gracias a que acababa de practicar unos ejercicios espirituales!

Pero retrocedamos a los años de la última guerra carlista, y al principio de nuestro relato. D. Castor (que por la paliza de marras, andaba ocultándose de los liberales), Juan Arteaga (voluntario carlista que, herido, se encontraba en Améscoa) y un maestro de Artaza apellidado Redondo caminaban por el repecho que desde Artaza sube hasta Larraiza. Cerca de la cumbre había un bojeral desde donde divisaron una partida liberal de 16 Guardias Civiles. Se escondieron entre los bojés creyéndose perdidos... Pero nuestro Cura no se arredraba por nada y dio en esta ocasión una prueba de sangre fría y capacidad de imponerse. Mandó a sus compañeros permanecer escondidos entre los bojés, se encaramó en una de las peñas que perfilan la cima del monte y, fingiéndose Jefe de una Partida Carlista, comenzó a dar órdenes a grito pelado.

— ¡A mí la primera Compañía! ... ¡Compañía cuarta por la derecha!

Los Guardias amilanados, se rindieron. D. Castor les mandó tirar los fusiles al suelo y dar varios pasos adelante Ordenó a Juan Arteaga y Redondo recoger los fusiles...

El Oficial que mandaba la partida de Guardias, repuesto algún tanto del susto, preguntó:

— ¿Y las Compañías, dónde están?

— Estas son mis Compañías, contestó el Cura... ¡esos dos hombres!

— ¡Pégume V. un tiro!, añadió, avergonzado, el Oficial.

(Uno de mis recuerdos de niño es que cuando en casa se ponía alguno enfermo, la madre no decía: vamos a llamar al médico, sino vamos a llamar a Serrano).

Hombre de cultura algo superior (no mucho) a la masa del pueblo, atendía a las gentes en los problemas que ellos no sabían resolver. Fue muy amigo de Gabino López de Zubiría que por aquellas calendas mangoneaba a sus anchas en el valle. Serrano, con su "gramática parda" que se la sabía muy bien y con su prestigio, inclinaba a su favor, en todas las elecciones, los votos de los amescoanos y el Ayuntamiento, presidido por Gabino, amparaba y ayudaba a Serrano. Tenía una hija (su único vástago) y en una ronda nocturna un mozo se atrevió a enderezarle esta jota:

"Toda mi vida hortelano,
siempre metido en la huerta,
y no he podido coger
una lechuga como esta".

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

Pero la cosa no era como para tomarla tan trágicamente y el Capitán, andaluz él, se abandonó a la suerte en manos de D. Castor con esta frase que no deja de tener su chispa y su gracia:

— Yo soy el paño y V. las tijeras, corte por donde quiera.

Los carlistas victoriosos no tenían ni una cuerda para atar a sus prisioneros y D. Castor hubo de recurrir a una de sus ingeniosas ocurrencias. Sacó una navajita que llevaba en el bolsillo y cortó a los pantalones de los guardias los botones de la bragueta, obligándoles a dejarse conducir dócilmente, de sobra preocupados en sostener con ambas manos sus pantalones.

Los llevó a un corral que Juan Arteaga tenía en Lóquiz y allí los encerró. Dos hombres, armados con los fusiles cogidos en la operación los custodiaban. D. Castor los contaba todos los días a la hora de llevarles la comida. Faltó uno. Era de Santa Cruz de Campezo y se había escapado abusando de la confianza de los centinelas con los que había intimado. Nuestro Cura montó en cólera y pidió un voluntario para volverlo al corral. Se ofreció un amigo suyo también de Santa Cruz.

— ¡Te va la vida!, le conminó el Cura al emisario que partía para Santa Cruz. Al día siguiente se presentaron los dos en el corral. Pasados algunos días D. Castor los dejó libres... La única condición que les puso fue, que no volvieran al ejército liberal.

LF GUSTABA ALARDEAR DE MOZO

Vicente, criado del herrero de Zudaire, era un buen mozo de Escoriaza. Estaba oyendo devotamente la misa que celebraba D. Castor en la ermita de San Cristóbal; pero no podía arrodillarse por tener la pierna vendada. Al volverse nuestro Cura al pueblo en el «Ite misa est», observó, como era su costumbre, si todos los asistentes doblaban la rodilla para recibir su bendición y, como viera a Vicente de pie, le increpó:

— ¡Todo el mundo derrodillas!... y como ni por esas se arrodillara el bueno de Vicente, D. Castor rugió:

— ¡Todos derrodillas... si tú eres mozo... yo también lo soy!

* * *

Por la Natividad de Nuestra Señora (8 de septiembre) el pueblo de Artaza celebraba las «Fiestas». Eran en aquel entonces las Fiestas Patronales unos días de hospitalidad generosa, de comer y beber sin tasa, de alegría retozona y contagiosa, de jarana, jolgorio y danza... Protagonizaban todo el tinglado festero «Los Mozos» (La cuadrilla de mozos presidida por sus Mayordomos). Ellos contrataban la música y se cuidaban del aloja-

miento de los músicos; ellos a la salida de la misa, solemne y multitudinaria, acompañaban con música al Cura, en escolta de honor y cortejo de cariño hasta la casa parroquial, donde eran obsequiados con pan y vino; ellos regulaban los horarios del baile y las rondallas callejeras; ellos se consideraban con el derecho exclusivo de organizar el «corro del parar». Montaban este «juego de naipes de azar» al socaire de una pared o un ribazo si el tiempo era bueno y, si llovía, en un corral. Tendían una manta en el suelo, colocaban encima de la manta una palmatoria con su vela y un mozo «chairo» con navaja al cinto y garrote de acebo en la mano llevaba la banca y cobraba el barato. Era en el «corro del parar» donde los mozos hacían verdadera ostentación de virilidad y majeza.

Pues sí, habían estallado las «Fiestas» de Artaza y D. Castor por nada del mundo dejaría de honrar a la Titular de la que había sido su Parroquia. Nada más llegar al pueblo se enteró de que en el «corro del parar» cobraban el barato los mozos de Artabia. Todo su amescoanismo y su amor a Artaza se revelaron irresistiblemente... Se fue a grandes zancadas hasta el paraje del juego, clavó con rabia su navaja en el suelo y lanzó gallardamente esta frase de desafío:

— ¡Aquí el barato lo cobro yo!

El desconcierto de los mozos de Artabia fue mayúsculo y desaparecieron del «corro del parar» abandonando los dineros sobre la manta de juego...

Y los de Artaza respiraron hondo. Su libertad y su dignidad varonil habían quedado restablecidas a la sombra del Cura.

ERA MUY INFANTIL

Era D. Castor un chico a quien gustaba hacer travesuras. Lo que pasa es que como era un «chico grande», sus bromas resultaban, a veces, pesadas.

Era en aquellos tiempos excelente el compañerismo que reinaba entre los curas de los pueblos próximos. Gustaban de reunirse con frecuencia: a charlar, de merienda, a jugar al tresillo o simplemente a pasar el rato. Un lugar muy de su querencia era, durante el verano, el paraje que llamaban «La Caseta». Al pie de Amescoa-zarra y en la orilla de la carretera una casita de camineros, a su vera prados y choperas bordeados por la cinta del río Urederra.

En este sitio tan ameno habían pasado juntos la tarde un grupo de curas, entre ellos el Cura de Aramendía, tuerto él, pero muy pulcro y atildado. A la hora de regresar a sus pueblos, el de Aramendía quería atravesar

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

el río porque atajaba mucho camino. D. Castor le ofreció, como adecuada cabalgadura, sus anchas espaldas. Aunque no las tenía todas consigo, el de Aramendía aceptó el ofrecimiento. Cuando vadeaban el río en lo más hondo del cauce D. Castor se resbaló (o fingió resbalarse) y dio, en el pozo de agua con su fina y atildada carga.

Nadie tomaba muy en serio estas bromas de nuestro Cura, tras un movimiento primo-primo de indignación del afectado, todo el mundo se echaba a reír exclamando: — ¡Cosas de D. Castor!

En este mismo lugar y tras una tarde de esparcimiento, el Cura de Aramendía no se fiaba ya de D. Castor. Pastaba en la pradera un borrico y quiso valerse de él para hacer la travesía del río. Para volver el animal, una vez que éste cumpliera su misión, se ofreció a acompañarle D. Felipe Barrera, cura de Artabia. Cuando montados los dos en el manso rucio se disponían a penetrar en el río, D. Castor, de un salto, se encaramó en las ancas del burro, le obligó a meterse en el agua y, cogiendo con sus piernas las patas del animal, zambulló en el Urederra a la caballería con sus jinetes... ¡Cosas de D. Castor!

* * *

Se fue con D. Justo y D. Ildefonso a «echar un botrino» en el Urederra. A la mañana siguiente madrugó muy mucho, se acercó al río y sacó del botrino una hermosísima trucha... Al pasar por Artaza, camino de Baquedano, se encontró con Gabriel, hermano de D. Justo, que llevaba un palo en la mano. Llamó al chico, le pidió el palo, midió con él la longitud de la trucha, con la navaja hizo una muesca en el palo para indicar la largura de la pieza y mostrándosela, dijo al muchacho:

— Dile a Justo que la trucha llegaba hasta aquí.

* * *

Recién se había quemado la iglesia de Artaza y al llegar el «Tiempo de Pasión», nuestro Cura se encontró sin paños negros con los que cubrir los altares. La Liturgia de nuestros pueblos acentuaba excesivamente el aspecto lúgubre del Jueves y Viernes Santo, «porque había muerto el Señor» y se cumplían a rajatabla unas rúbricas que ordenaban tapar los altares de la iglesia con telas moradas o negras. Al quemarse la iglesia vieja, todo había desaparecido y no era hacedero reponer todo en poco tiempo, por lo que nuestro hombre se valió de una artimaña ingeniosa para cumplir las rúbricas. Dio vuelta a todas las imágenes del retablo y puso a los Santos de espaldas al pueblo «en señal de luto».

* * *

Corría el mes de septiembre, se acercaba, pues, la «pasa de las palomas» y D. Castor, D. Isaac y D. Justo concertaron una excursión a la sierra a fin de preparar la choza de Bardoitza. D. Castor se comprometió a subir la comida que había de ser sustanciosa: filetes de ternera, pan y vino. D. Isaac y D. Justo se las prometían felices camino de Bardoitza. Pero D. Castor se presentó con pan y vino como única colación. Los compañeros se cabrearon y con razón, no casa bien una excursión a Urbasa con el ayuno... Y nuestro Cura, haciéndose el inocente, les decía con inefable ingenuidad:

— ¡Canario, canario! tenéis pan y vino... ¿qué más queréis?

* * *

Los curas de Améscoa y Valdellín concertaron un «día de campo». Lugar de reunión, la Caseta. D. Castor se ofreció a preparar y llevar comida para todos.

La mañana estaba espléndida, la verde pradera invitaba al paseo o a tumbarse en el fresco césped, el cristal del Urederra incitaba al baño y a la pesca.

D. Castor llamó a D. Justo (entonces seminarista) y se fue con él a Zudaire. Al pasar por el Cuartel de la Guardia Civil desafió a los Guardias a jugar un partido de pelota. El cabo era un buen pelotari y aceptó el reto: el cabo y otro guardia contra el cura y el seminarista. Apostaron un cordero y comenzó el juego.

En el transcurso del partido decía D. Castor, de cuando en vez, al estudiante, señalando con el dedo «La Caseta»:

— ¡Ahí están esos!

Don Justo no entendía el sentido de la frase, por serle ajeno todo lo del «día de campo» y seguían jugando.

Terminado el partido vino la comida del cordero y la partida de mus. Riñeron los guardias con Irigoyen (un vecino de Zudaire que se sumó a la juerga) y en el Cuartel se armó la de San Quintín. Cuando la cosa se puso fea, D. Castor dijo al estudiante:

— ¡Chiquito, vamos de aquí! y se fueron a sus casas.

Y... ¿los curas de la Caseta?

Pues cuando el buen humor y la alegría se fueron apagando por las protestas del estómago y se convencieron de que D. Castor les había hecho una jugarreta de las suyas, desfilaron a sus respectivos pueblos, repitiéndose en sus adentros con forzada sonrisa: — ¡Cosas de D. Castor!

* * *

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

SE SABIA TODAS LAS MARRULLERIAS DEL AMESCOANO

Don Castor no era un cazador habitual, pero en tiempo de la «pasa de las palomas», arreglaba con sus compañeros una choza a la vera de la Balsa de Bardoitza, para darse con pasión a la espera y caza de las ingenuas y sabrosas torcaces.

Fulgencio, el Boticario, que ni era cazador ni tenía habilidad para este deporte, acompañó un día hasta Bardoitza a nuestro cura con la esperanza de participar en el botín. (Es costumbre entre cazadores de choza repartir entre todos, a partes iguales, las piezas cobradas durante el día.) A la vuelta, Fulgencio se pegaba al cura y éste no veía el modo de despegarse del Boticario... (para evitar el reparto).

Bajaban por el puerto de Baquedano y nuestro hombre, molesto ya, dijo a Fulgencio:

— Voy a poner el culo al cierzo...

El Boticario se adelantó prudentemente para luego retardar el paso, a fin de que le alcanzase el compañero... D. Castor, apenas perdió de vista a Fulgencio, dio media vuelta y a campo traviesa, se presentó en Baquedano. Extrañado el Boticario de la tardanza del cura, esperó, gritó, todo en vano..., se llegó a Baquedano y, aparentando preocupación, preguntó a la sobrina del Cura si había llegado el tío. Contestó la sobrina negativamente. Al día siguiente apareció nuestro hombre por Zudaire y preguntó a Fulgencio que se hizo el encontradizo:

— ¿Ayer, en Baquedano, qué buscabas, a D. Castor o a las palomas?

* * *

Era el mes de octubre y nuestro hombre subía, escopeta al hombro, camino de Bardoitza. Observó que en la Aldaya de enfrente estaban, a la caza de la paloma, Serrano y D. Bonifacio⁹. Tenían éstos la choza en una

9 Don Bonifacio Roldán nació en Zudaire y en Zudaire gastó toda su vida sacerdotal. Fue un buen párroco (de su tiempo). A la chica que por primera vez se atrevió a bailar "al agarrado", usando de un método pastoral muy expeditivo, le propinó un bastonazo en pleno baile y la gente no criticó al Cura (por lo menos de puertas a fuera) sino a la moza "pizpireta". Muy aficionado a la caza, tenía pasión por las "batidas a los jabalíes". En cierta ocasión un jabalí, acosado, le atacó, lo volteó por el suelo y le rasgó hasta la camisa; pero D. Bonifacio tuvo valor y serenidad para descerrajarle un tiro y matarlo. En la caza de palomas fue compañero inseparable de Serrano. Pocos días antes de morir, cuando ya chocheaba, pidió a D. Moisés le llevara un perro sabueso que había traído de Marcilla y del que todos se hacían lenguas por su gran calidad y clase. D. Moisés, encantado de dar un gusto a su viejo amigo, se lo presentó en la habitación y le hizo poner las patas encima de la cama para que D. Bonifacio lo contemplara a su gusto. Después de acariciar al perro, comentó:

— Bonito perro... y acercándose con aire de misterio a D. Moisés, le susurró al oído:
— Ten cuidado con él, te tienen mucha envidia, y el que más, Serrano.

barga de la Aldaya de Zudaire y las palomas muertas por los cazadores caían siempre debajo de la peña sobre la que se empinaba la choza. Sabía perfectamente D. Castor que el Practicante y el Cura de Zudaire nunca se tomaban la molestia de recoger las torcaces que caían en cada descarga. Las dejaban en el suelo hasta la hora de ir a casa. Así recogían de una vez todas las palomas muertas.

Cambió nuestro hombre de rumbo y se acercó sigilosamente a la choza ocultándose, agazapado, al pie de la peña. Mataron los de Zudaire cuatro palomas que D. Castor fue metiendo en su morral conforme iban cayendo.

A las cuatro de la tarde en punto, daban por terminada su tarea los cazadores. Nuestro Cura sabía perfectamente la estricta puntualidad en el horario de sus amigos y desapareció, poco antes de esa hora, tan calladamente como había ido.

Mientras D. Bonifacio trepaba por los árboles para recoger las «ciegas», (a las palomas que ponían en las ramas de los árboles como reclamo llamaban ciegas, por tener los ojos vendados), bajó Serrano en busca del botín de caza.

— ¡Don Boni!, ¡aquí no hay palomas!... gritó Serrano cansado de dar vueltas por el suelo.

— ¡Imposible! ¡Tiene que haber!, contestó el Cura de Zudaire.

— ¡No hay más que plumas!, repuso Serrano.

— ¡Ya ha estado Zubiría!, comentó amargamente D. Bonifacio.

* * *

Como buen amescoano gustaba D. Castor del deporte de «coger micharros». En Améscoa llaman «micharros» a los lirones. Como estos roedores se refugian en los agujeros de los árboles y en ellos viven y crían, el secreto del éxito de la caza del lirón está, en conocer un número apreciable de agujeros. A los agujeros en que viven los lirones llaman en Améscoa «micharzulos».

Don Castor, excelente montañero, conocía en Urbasa una cantidad muy considerable de hayas con «micharzulo»; pero se iba haciendo viejo y cada vez le era más penoso el trepar por los árboles. Por esta razón se hizo acompañar, aquel día, por un «mocico» de Baquedano que le evitara el trabajo de la escalada.

Ya en la sierra le señaló un «micharzulo». Trepó el muchacho resuelto y ágil hasta dar con el agujero, hurgó en él con un palito (al molestarle en su cubil, el animalito se defiende con un gruñido característico) y afirmó con aplomo:

— No hay micharro D. Castor!

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

— ¡Qué raro!, comentó el Cura..., sube a esta otra.

La misma operación y la misma negativa... Y así una tercera y una cuarta...

Don Castor se rascó el cogote... y despidió al muchacho.

Hizo ademán el Cura de marcharse; pero escondido, espío al «mocico» de Baquedano.

Al creerse éste libre de las miradas del Cura, volvió sobre sus pasos y se encaminó en busca de los árboles aprendidos. Subió, con la agilidad de una ardilla, hasta uno de los «micharzulos», encendió la «yesca», la introdujo humeante en el agujero, esperó con la mano en alto a que el lirón saliera medio asfixiado por el humo, lo atrapó de un manotazo agarrándolo por el cuello y después de estrangularlo lo arrojó al suelo. Así hasta cinco lirones.

Cuando el mozo, después de bajar del árbol, miraba y remiraba buscando el botín de su cazata, se le acercó disimuladamente D. Castor y con mucha ironía le dijo:

— No te canses, ¡no hay micharros!

Y añadió en tono de reconvención:

— ¡Hasta veinte micharzulos te hubiera enseñado!

* * *

Don Castor, ya lo hemos dicho, solamente en el mes de octubre (en la «pasa de las palomas»), se dedicaba al deporte cinegético, y era, para este menester, su choza de Bardoitza un puesto privilegiado. Ni que decir tiene que nunca sacó licencia de caza. Decía tenerla «en la suela de las alpargatas».

Don Castor cazaba mucho y D. Bonifacio y Serrano cazaban poco; y, ¡achaque corriente entre cazadores!, Serrano y D. Bonifacio tenían envidia a D. Castor. Este feo vicio les llevó a achuchar a los guardias para que prendieran a D. Castor. Era entonces cabo de la Guardia Civil un tal Federico, sobrino de Serrano. Sentados en un banco adosado a la Casa-Cuartel y casa de Serrano, gustaban de hacer tertulia en los atardeceres de la otoñada y al frescor del cierzo, el Cura, el Practicante y los Guardias. En estas charlas salía a colación, con harta frecuencia, el tema de la caza y D. Bonifacio y Serrano atizaban al Cabo:

— ¡Ahí tienes a D. Castor, todos los días en Bardoitza y sin licencia...!

Así una y otra vez hasta que al Cabo Federico se le hincharon las narices y decidió atrapar «in fraganti» al furtivo cazador en su mismísima choza de Bardoitza. La cosa no parecía tener mayor dificultad, pero el Cabo

tomó toda clase de precauciones. Quiso dirigir él mismo la operación y subió a la sierra con tres guardias más, formando dos parejas. Cerca de la balsa apostó una pareja en el camino por donde creyó iría el Cura, en el caso de escaparse de sus manos. Para estar más desembarazados si se veían en la precisión de lanzarse a la carrera, entregaron las capas a un carbonero de Artaza, apodado «Matapán» (por lo falso que era) y ufanos, se plantaron, sigilosamente y de improviso en la Choza de D. Castor y cara a cara con él.

Nuestro hombre, al verlos, sin inmutarse lo más mínimo, comenzó a recoger todos sus trastos, metió en un saco las palomas que había cazado, echó al hombro el saco y la escopeta y, abriendo una brecha en el ramaje de la choza, se lanzó, en un virage brusco y rapidísimo, a la balsa, que con el agua a la cintura atravesó a todo correr. Cuando ganó la orilla opuesta, se detuvo un momento, miró a los Guardias inmovilizados todavía por la sorpresa, y les gritó con «muy mala uva» y con mucha sorna:

— ¡Buenas tardes, señores...! Y a galope tendido penetró en el hayedo dejando con un palmo de narices a la pareja de Guardias que le esperaba en el camino.

Repuestos del desconcierto, el Cabo Federico y su acompañante se lanzaron tras el Cura; pero D. Castor conocía la sierra palmo a palmo, les hizo un marro y los despistó enseguida. Cuando bien le pareció se bajó tranquilamente a Baquedano.

Entretanto el Guardia perseguidor tuvo miedo a internarse en el bosque y con la pareja del camino regresó al Cuartel.

El Cabo Federico, azuzado por su amor propio, persiguió al Cura; pero desconocedor del monte, se perdió en la espesura del hayedo y, cansado de andar, se vio obligado a pasar la noche en la sierra.

Al día siguiente se fue D. Castor a Zudaire, dispuesto a vérselas cara a cara con D. Bonifacio y al pasar por delante del Cuartel iba diciendo, en voz puesta para que lo oyera el «Guardia de puertas»:

— ¡Estos..., estos..., estos dicen que son capaces de coger a D. Castor!

Don Bonifacio no estaba en su casa de Zudaire y más vale; porque hubieran sido más que palabras las que se cruzaran entre ambos...

Este intento de sorprenderlo en su choza le llegó muy al alma a nuestro hombre, que de sobra sabía la parte de culpa que en ello les cabía a Serrano y al Cura de Zudaire.

Cuando se encontró con «Matapán», le preguntó:

— ¿Qué te dijeron los Guardias?

— Me dejaron las capas para que las guardara.

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

— Te dejaron las capas y ¿no las quemaste?... Cinco duros te hubiera dado yo si las metes en la carbonera!!

* * *

Hay en Artaza una imagen medieval de estilo gótico. Es una imagen de la Virgen María, la Natividad, titular de la Parroquia. En aquel entonces en que D. Castor regentaba la parroquia, la imagen vestía unos ropajes de oropel. Un anticuario le aconsejó que quitara aquellos vestidos, porque era una pena que talla tan artística se encontrara tapada con unos trapos de tan poco valor. Nuestro Cura quiso seguir el consejo del anticuario, pero se amotinó el pueblo, orgulloso de que su Patrona luciera aquellos, a su parecer, tan bonitos ropajes.

Don Castor dejó correr el tiempo y un sábado por la noche despojó a la imagen de sus vestidos y los quemó.

Al día siguiente en la misa parroquial vociferó contra el intruso que se había atrevido a quitar los vestidos a la Natividad.

— Tiene que salir el autor de esta fechoría, amenazó desde el púlpito.

Al salir de la iglesia las viejecitas comentaban el sermón del Cura y la madre de D. Justo decía a sus convecinas:

— ¿Quién os parece que ha sido?... ¡él mismo!

NO HA PERDIDO LA INOCENCIA BAPTISMAL

Dijo de D. Castor un médico de Améscoa, D. Ambrosio, buen amigo del Cura.

La frase no expresa bien el pensamiento del médico, que quiso decir que tenía algunas pasiones tan amortiguadas, que se comportaba como si el mundo de los instintos estuviera velado en él.

Es el Urederra un río de frías y cristalinas aguas que brinca del Nacedero como potrillo serrano y se precipita, impetuoso, entre riscos, formando vistosas cascadas; pero que muy pronto se va amansando para recorrer el valle dócil y sumiso y deslizarse por el desfiladero de su nombre a trozos apretujado por las rocas, a trozos orillado de chopos y de mimbres. Es además el Urederra riquísimo en truchas y su trazo recorta bellos paisajes. Pues, bien, D. Castor era un enamorado de este río amescoano, y se sentía feliz zambulléndose en sus aguas o dedicado a faenas de pesca y... siempre, invariablemente, en puros cueros. En este río se pasaba muchas jornadas y no eran una excepción las tardes de los jueves. En aquellos tiempos, de antes del autobús, las tardes de los jueves (días de mercado en Estella) la carretera que penetra en las Améscoas bordeando el Urederra, era una romería

de gentes que regresaban de la ciudad del Ega, quienes a caballo en sus bien enjaezados «poney» o en sus mansas yeguas fardadas de albarda; los más andando, calzados sus pies con peales y abarcas o con la aldeana alpargata. A la vista de esta romería de gentes permanecía nuestro hombre impertérrito en el río, sin otra vestimenta que un pañuelo por la cabeza.

Un día los Guardias quisieron tomarle el pelo. Sabían que estaba pescando sin licencia, naturalmente, y se fueron hacia él en ademán de prenderlo. D. Castor que los vio echó a correr y nada más zafarse de su vista, se metió de un salto en medio de un bosque de ortigas que, a la vera de la carretera, crecían lozanas en una vieja carbonera. Al llegar allí los Guardias dijeron en voz puesta y lo pudo oír el interesado:

— ¡Aquí no estará!, y siguieron adelante.

Como no daban con él y tampoco era grande el empeño por atraparlo, volvieron al río y se llevaron la ropa del pescador furtivo.

Al percatarse D. Castor de la hazaña de los Guardias, marchó a campo traviesa por las piezas de cultivo hasta un maizal cercano a su casa de Baquedano. Desde allí gritó a su sobrina que le llevara ropa con qué vestirse. La sobrina hizo lo que su tío le mandara... y *no pasó nada*.

* * *

Y vaya como final de capítulo esta sabrosa historia de los tiempos mozos de D. Castor en la parroquia de Ecala.

Una feligresa le había hecho una mala faena y nuestro hombre se la guardó:

— ¡Me la has de pagar!, se dijo para sus adentros.

Desde la ventana de la casa abacial, vio, un buen día, a la mujer de marras marchar, a punto de oscuro, camino de Eulate.

— Esta es la mía, pensó el buen Cura.

Vestido de paisano, con la manta al hombro, se apostó en un matorral. La negrura de la noche se acentuaba en aquel paraje por la sombra de unos árboles que crecían lozanos a la vera del camino.

Venía la mujer totalmente despreocupada. D. Castor le salió al encuentro y le cerró el paso, la cogió debajo del brazo, le puso las nalgas al rojo vivo y la mandó a casa.

La pobre mujer se presentó, al día siguiente, en la casa parroquial a contar sus cuitas al Abad.

— Pues, mire, ayer venía yo, de noche, de Eulate..

— ¿Conque de noche, eh?... le interrumpió el Cura.

— Un hombre me salió al camino y me dio una zurra.

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

— Con que un hombre ¿eh?, sinvergüenza, más que sinvergüenza! Me he de enterar quién ha sido y me la ha de pagar, gritaba el Cura, aparentando indignación.

La mujer salió de la casa rectoral consolada y convencida de que su agravio había de quedar vengado.

En estas y otras libertades que se tomaba, obraba nuestro hombre con tal desenfado y espontánea naturalidad, que nadie se escandalizaba, ni lo denunciaron al Obispo..., eso que por otras bien que lo zarandearon.

PREDICABA LA PALABRA DE DIOS

— ¿Predica mucho el Cura?, preguntó en cierta ocasión D. Moisés a una chica de Gollano.

— Predica del libro, contestó la muchacha; pero es imposible que ponga el libro lo que él dice.

Era en Artaza. D. Justo, seminarista todavía, ayudaba la misa de D. Castor. Llegó el sermón y el acólito se sentó dispuesto a escuchar atentamente al predicador. Nuestro Cura se despachaba a su gusto y a su estilo. ¡Qué cosas no diría! que el seminarista, bien acostumbrado a oír sermones de su Cura, no pudo contener la risa y soltó la carcajada.

Sentaron muy mal a nuestro hombre las risas del estudiante y le gritó airado:

— ¡Chiquito!, aquí no se ríe ni Cristo...!

* * *

A las mujeres les tenía «tirria». Todos los sermones iban para ellas. A veces comenzaba comprensivo:

— Cuando el marido llega borracho, por lo noche, no le alborotéis en aquel momento; dejadlo para la mañana siguiente y entonces amonestarlo a buenas... Para continuar a renglón seguido:

— ¡Sois unas haraganas y unas desordenadas!, que no colgáis los azadillos en los clavos, ni dejáis los aparejos en su sitio y el marido se enfada antes de ir al trabajo porque no los puede encontrar.

* * *

Les reprendía sus faltas de caridad imitando sus diálogos y apostillándolos con frases llenas de ironía:

— ¡Si supieras, chica, lo qué nos pasa...!

— ¡Qué os pasa, púes?

LUCIANO LAPUENTE MARTÍNEZ

— Se nos ha muerto un buey.

— ¡Ay, chica, cuanto lo siento!, te digo que lo siento de veras... Pero en su interior va diciendo la taimada:

— ¡Ojalá se os muera el otro!

O el sermón de la suegra:

— Ay chica, hemos traído una mujer, ¡qué mujer!... te digo que es un ángel del cielo...

Esto, a los pocos días de la boda. Después de haber transcurrido un no muy largo lapso de tiempo:

— ¿Qué tal la nuera?

— ¿La nuera?... ¡No me la mientes, te digo que es «una segundilla»! (En Améscoa llaman «segundilla» a la lagartija).

EPILOGO

Don Castor está enfermo. Aquel corpulento «azkarro» se doblega al peso de los años. Le visitan sus compañeros: D. Luis el de Zudaire, el Cura de San Martín, el de Ecala... Se levantó de la cama y, a las protestas de sus amigos contestó con esta frase que revela un espíritu señorial encerrado en aquella corteza tan áspera:

— «A una visita de esta categoría, yo no la recibo en la cama».

Su amigo el Farmacéutico le recetó una medicina que podía aliviarle... Mandó que se la trajeran de Pamplona y prometió tomársela...

A los pocos días aquella naturaleza arisca y rebelde se desplomó sin estrépito, sin contorsiones. Su muerte fue un rendirse sumisa y confiadamente en las manos de Dios. Esto ocurrió en un 25 de noviembre de 1925.

Quando al día siguiente todos los sacerdotes del valle, sus compañeros y amigos, acudieron a su entierro y funeral, alguno de ellos observó que el frasco de medicina había quedado intacto en su mesilla de noche.

NOTA ADICIONAL

Como contrapunto (en esta sinfonía de temperamentos diversos que componemos los humanos) a la un tanto silvestre personalidad de D. Castor, voy a esbozar en dos pinceladas a un tipo amescoano, sacerdote también, de un talante humano diametralmente distinto y que fue a lo largo de veinte años su compañero de Cabildo y su muy buen amigo. Se trata de D. Luis Ulíbarri, nacido en Zudaire y que en Zudaire gastó casi toda su vida sacerdotal. Más bien menudo de cuerpo, pero «correoso», pura fibra. «Poco

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA

cuerpo para su mucho espíritu». D. Martín Larráyoz¹⁰ contó así la impresión que le causó D. Luis en su primer encuentro: «Atento, sin ficción, en sus primeros saludos y sonriente con naturalidad me pareció una genuina estampa de nuestro venerable clero navarro y, aunque no estaba muy bien afeitado aquella tarde, le sobraba prestancia por su porte sacerdotalmente señorial».

Pasó por el Seminario como alumno destacado y fue condiscípulo del Cardenal Arce. Una confrontación entre ambas mentalidades hubiera quedado «en tablas». «Al oírle contar sus recuerdos, dice D. M. Larráyoz, se revivían aquellos tiempos de fines del siglo XIX en el ambiente levítico del rincón de Pamplona, ocupado por los caserones de los viejos seminarios. Sus primeras impresiones de estudiante aturdido al asomarse su mentalidad de chico, casi de escuela aldeana y familiar, a las aulas pobladas del Seminario; aquellas clases de Física con D. Martín Roncal, aquel tomar apuntes furtivamente bajo el manto amplio, que uniformaba a todos los seminaristas; aquellos viajes a través de la sierra de Urbasa, nevada, para coger el tren en Alsasua a la vuelta de las vacaciones de Navidad». D. Moisés dijo de él que, en la carrera, sacó sobresaliente en todas las asignaturas menos en una, en «gramática parda», en esta asignatura, cero. Era sencillo y sincero rayando en la ingenuidad. El carlismo que llevaba dentro solía, a veces, asomar la oreja. Pudo ocupar puestos importantes en la Diócesis, pero prefirió la vida escondida de nuestros pueblos, la sencillez de nuestras gentes y los bellos paisajes y la reciedumbre y los riscos y los bravíos rincones de nuestro valle.

Su labor pastoral la resumió así un mocetón de Zudaire a quien don Martín Larráyoz preguntó si conocía a D. Luis:

— «¿No voy a conocer a D. Luis?... Si él me bautizó a mí y a más de las metades del pueblo; si él nos enseñó la doctrina de carretilla y ahora, pa que no se nos olvide, nos predica todos los domingos rasos y ¡hay que ver que explique tiene!... mucho bueno, mucho listo y mucho recto... Aunque es del pueblo, se le tiene mucho respeto y mucha ley. ¡Si le hiciéramos caso en todo, iríamos al cielo más derechos que un cohete!»

A pesar de ese respeto y esa ley que le tenía la gente, él vivió penetrado con toda la problemática de sus feligreses y de su pueblo, y con ellos se rozaba con familiaridad, también en sus diversiones.

Su deporte favorito era «la pelota». Fue un pelotari fino, «tenía clase». Durante muchos años se comentó en Améscoa el «famoso partido de pelota de los curas». D. Luis el de Zudaire con el cura de Barindano y el

¹⁰ D. Martín Larráyoz fue, en algunos veranos, Capellán de la Colonia Escolar de Zudaire y se hospedaba en casa de D. Luis.

LUCIANO LAPUENTE MARTÍNEZ

de Artaza desafiaron a dos fornidos hombres de San Martín. Todo Améscoa (¡aquella Améscoa pelotazale!) vibró fuerte y con pasión. Los pueblos «de abajo» se volcaron a favor de los Curas y apostaron firme. Los de San Martín, mordidos por su amor propio y orgullo local, casaron todas las apuestas, lanzando al riesgo de la competición, con un cierto temblor, aquellas monedas celosamente guardadas. Los jugadores se zurraron el cuero en el «juego de pelota de San Martín», un frontón abierto (sin pared izquierda), suelo de arcilla bien amasada y apisonada, el «escás» marcado con una hilera de ladrillos y en muy buenas condiciones para el juego. El partido fue apasionante y seguido por la multitud con escalofríos de emoción. El aguante, la fuerza y el duro brazo de la pareja de San Martín se impuso a la mejor técnica de los Curas.

LUCIANO LAPUENTE MARTÍNEZ

San Martín de Améscoa

1 Noviembre de 1978



D. Luis Ulibarri: Salmódia de paz acariciando la reciedumbre de la Améscoa bravía.

